



LONDRES EN 24 HORAS

Navegar en un velero por los mares del mundo, aparte de cristalizar una de las aspiraciones más grandes del marino que se inicia, es sin duda un privilegio especial, que lo diferencia básicamente del común de los viajantes. En cada país, en cada puerto el tripulante forma parte integral de un todo que le da un aire particular llamado visita oficial. Dondequiera se llegue, verá el protocolo antes que a su gente. Ello de hecho le permite apreciar cuánto del pasado va quedando en el presente.

Londres desde afuera impresiona como una ciudad fría, muy a tono con lo inglés, pero a medida que se va adentrando en sus calles y rincones, y conociendo a su gente, el extranjero va experimentando una gama de sensaciones que

Por Milan MARINOVIC, Teniente 2º, Armada de Chile.

empieza con la pomposidad real, pasa a la tranquilidad de sus parques, la solemnidad de sus iglesias y monumentos para terminar con la enajenación que producen los centros existencialistas.

¿Por qué los ingleses aparentan ser tan al revés de los cristianos? Es ésta la primera pregunta que surge cuando a un bus de dos pisos (en el segundo se fuma) hay que subir por la puerta trasera que está ubicada a la izquierda, y mientras se corre hacia el centro de la ciudad que desde luego tiene todo el tráfico por la izquierda, tanto para vehículos como peatones. Entre los primeros sobresalen los taxis con cabinas separadas, con o sin techo, a cuyo chofer, además de pagarle su tarifa, hay que darle propina.

Un sinnúmero de detalles y de contraposiciones se suceden, aflorando de inmediato una segunda interrogante: ¿Tendrán los londinenses el complejo de ser únicos? La respuesta queda en el vacío cuando por las calles a cada cierto trecho se encuentran stands de diarios y revistas tan solitarios como el letrero que dice: "Please, ponga dentro de esta caja el valor de su revista".

Así como todos los caminos llegan a Roma, para el turista en Londres todos los buses y trenes subterráneos llegan a un pequeño círculo por donde parece respirar la ciudad gigante. "Picadilly Circus" se muestra bullente y lleno de vida siempre girando en torno a un pedestal en cuyo alto una figura con arco y flecha, "Eros", Dios del Amor, parece estar indicando el punto de reunión de las futuras citas.

Por una de sus calles viene el inconfundible gentleman, el mismo que se ve en revistas, cubierto con su tongo, pantalón rayado, trayendo bajo el brazo y sobre el porta-documentos el diario "Times", mientras que con la otra mano va marcando el paso con un paraguas eternamente cerrado. Por su lado, con mirada perdida y andar descuidado, circulan dos "melenudos": él con casaca de cuero prendida de insignias y ella a pies descalzos con ajustado sweater, ambos de negro. Rompe el contraste una pareja de hindúes con larga vestimenta que cruzan la calle...

Aquí se suma otra cualidad del inglés, ya que el único en advertir todo esto es

el extranjero, mientras que ellos siguen impassiblemente sus días. ¿Es que no hay prejuicios sociales, ni su pariente directo "el qué dirán"? y entonces ¿en qué quedó la sensación de distancia social que dejó la pomposidad real? Sin quererlo, la madeja humana comienza a enredarse y el inglés se ve más complejo.

Ahora quedan atrás anchas calles comerciales, Bond Street, Oxford Street, con sus innumerables vitrinas que exhiben artículos, unos en guineas, otros en libras, chelines, peniques, etc., que están invitando al matemático turista a juntar artículos iguales y a deducir equivalencias de la moneda inglesa.

Pronto el bullicio se pierde para penetrar en el silencio sepulcral de la Abadía de Westminster, en donde la historia deja su peso, porque ¿quién puede permanecer indiferente ante tumbas de reyes, tallados y sepulturas que se mantienen intactas a través de los siglos? Todo esto en el caso especial del chileno pudo hacerlo pensar que ello existía cuando nuestra Tierra aún estaba en cierne. ¿Es que significa retroceso para un país joven como el nuestro? Al pasar frente a la ofrenda floral dejada por el Presidente chileno sobre la lápida grabada se lee: "Independencia de Chile 1810". Entonces se comprende el significado de la visita de Estado hecha por nuestro Mandatario al pueblo inglés, porque Chile, siendo seis veces más joven, ha sido el primer país latinoamericano invitado y recibido por su Reina. Cerca de aquí, en el vacío que dejó el escudo de familia del Almirante Lord Cochrane cuando fue despojado de su rango y se vino a Chile, se pueden leer dos palabras talladas a cortaplumas, y que se mantienen intactas en el tiempo: "VIVA CHILI". En el ambiente queda una nota de meditación y orgullo.

Otra vez el marco londinense envuelve al improvisado turista. Al frente Scotland Yard parece sumergirse en las novelas de Agatha Christie y no se resiste la tentación de atravesar el umbral haciendo caso omiso del cartel con grandes letras que dice "Private". A un lado, al estilo del lejano Oeste, cuelga un cuadro con fotografías que reclaman ladrones y maleantes, ofreciéndose fuertes recompensas. Inadvertido como se llega, el intruso se aleja del cuartel general, antes

que Sherlock Holmes en persona le cierre el paso. Al fondo de la calle el río Támesis cierra el cuadro novelesco, mientras el Big Ben tañe sus notas graves y melodiosas.

De esta manera el inglés, como divirtiéndose de sus contrastes, va guiando al turista sin efusividad pero sí muy amablemente para llegar a un lugar característico. Sus grandes extensiones de verde y los centenares de personas de todas las edades y doctrinas que por él deambulan le dan una nota pintoresca, pues aquí quien llegue puede subirse a un banquillo y hablar sobre cualquier tópico, con la seguridad que el público que acapare, le va a rebatir de inmediato sus puntos de vista en caso que no concuerden, entablándose un foro más en el parque de los Speakers o Hyde Park Corner. Se suma al inglés otra cualidad, pero ¿acaso no ha sido tildado siempre de flemático y poco comunicativo?

En la hora de la comida y siempre en busca de novedades y economías, se rechaza el restaurante de lujo para llegar en pleno barrio bohemio a una casa negra, cuyo letrero verde con letras rojas dice "Macabro Bar". Al enfrentar la puerta de bóveda una pequeña lápida

bajo una corona invita a entrar. Calaveras iluminadas por candelabros adornan las paredes. Las mesas, sin ser grandes, tienen la forma de un ataúd en cuya cabecera una calavera auténtica tiene a su lado el menú, que macabramente abre el apetito.

El "Soho" es un barrio nocturno tan explotador del turista como cualquier otro barrio europeo; por este motivo se recorre medio Londres para llegar a un Club auténtico donde un socio medio indeciso introduce al extraño.

"Café des Artis" dice toscamente el letrero al penetrar a un recinto subterráneo con una atmósfera densa de humo y calor que se agita con ruidos de música ensordecedora y ritmos desenfrenados. ¿Es ésta la nueva juventud que enfrenta Inglaterra? ¿Cómo serán las generaciones que de ellos nazcan? Hasta el visitante se despreocupa de esto, sorprendido de ver a dos mujeres tan jóvenes como el resto que bailan de rodillas, mientras en otro rincón un "melenudo" hace piruetas sin más acompañante que su rostro sudoroso. Se deja este lugar con la sensación de haber convivido con algo que no tiene pasado ni futuro y Londres se ha grabado en 24 horas sin saber si es más de historia o de una nueva vida.

